



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

Breves Apuntes

sobre la última enfermedad y santa
muerte del Sr. Rosas, y reseña de los
funerales celebrados por su alma en
la Santa Iglesia Catedral. ↔

31
A



Nam si decem millia paedagogorum habeatis in Christo, sed non multos patres: nam in Christo Jesu per evangelium ego vos genui.

Aunque tengáis muchos maestros en Cristo, no tenéis sino un padre: porque en Cristo Jesús, por el evangelio, yo os he engendrado.

(S. Pablo a los Corintios, 1^a c. IV.)

Dedicamos estas páginas sólo a los queretanos de buena voluntad.

No las hemos escrito para conquistarnos fama de literatos, ni para satisfacer ningún otro vano deseo. No, lo repetimos, estas páginas, modestamente presentadas, son para nuestros hermanos. Y no porque el héroe, cuyo nombre campea en ellas, no fuera digno de ser propuesto a propios y extraños como un modelo de las más egregias cualidades: pues, a decir verdad, este varón fué, sencillamente, grande; y su figura, ornada con la triple auréola del talento, de la prudencia y de la santidad, se levanta muy por encima del nivel vulgar de los hombres. El hubiera podido echar a volar su nombre en alas de la fama, y conquistarse toda suerte de aplausos; pero no, su vida fué toda inspirada en principios de fe, y él consagró las energías de su levantado espíritu a la humilde tierra que le vió nacer, la diócesis de Querétaro.

He aquí por qué estas páginas llevan modestas aspiraciones.

Y, sin embargo, les auguramos larga vida; porque el pueblo queretano es agradecido, y no dudamos acogerá con agrado este recuerdo que le ofrecemos, de aquel varón que sacrificó su larga vida por el bien de nuestra niñez, de nuestra juventud, de nuestros huérfanos y viudas, de nuestro clero; en una palabra, por el bien del pueblo queretano.

Nuestro héroe merecía algo mejor. Si Querétaro erigiera en alguna de sus plazas públicas una estatua del que fué Muy Ilustre Sr. Arcediano D. Florencio Rosas, apenas habría cumplido un deber. Pero, eríjase o no tal monumento, que, por suntuoso que fuera, siempre sería deleznable como todo lo de este pobre mundo, si podemos—y debemos, a fuer de buenos hijos—levantarle en el seno de nuestra sociedad un monumento más duradero y más noble: monumento de gratitud y amor filial. Que todos pongan su granode arena, reconociendo y confesando la magna labor por este hombre llevada a cabo admirablemente en todos órdenes, moral, religioso, social, intelectual.

Sabemos, no obstante, que no todos los queretanos abundan en esta persuasión: desde niños oímos llamar al Sr. Rosas intransigente, exagerado, retrógrado; pero estos dieterios en nada amenguan la clara luz que envuelve ese nombre, para nosotros venerable, amable, admirable; destello de la que envuelve su alma bienaventurada, como lo esperamos de la divina misericordia, en los esplendores de la gloria. A pesar de la grito de sus muchos detractores, nos parece escuchar, no sabemos si salida del sepulcro, o caída del cielo, una voz suave y persuasiva: *aunque tenéis muchos guías o maestros en la vida, pero no tenéis más que un padre: porque en Cristo Jesús, por el evangelio, yo os he engendrado.*

Así, pues, queretanos de buena voluntad, os invitamos a recorrer estas páginas. Leedlas: vuestro piadoso espíritu se recreará dulcemente recordando las heroicas virtudes de vuestro padre.

Y vosotros, los que os sintáis extraños a la gran familia formada por el Sr. Rosas, leed también, si gustáis: sabréis como vive y cómo muere un santo....



**Últimos días y santa muerte del Sr.
Arcediano de Querétaro D.
Florencio Rosas.**

I.

Et mortuus est Y murió

Con esta palabra patética acostumbra el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura cerrar la historia de muchos personajes, como si quisiera especialmente hacer contrastar la grandeza de estos con la caducidad de la vida humana.

Todos moriremos, es cierto. "Son breves los días del hombre, exclamaba el sublime Job, el número de sus meses lo tienes, oh Señor, determinado; señalaste a cada cual el término de su vida, y nadie podrá traspasarlo" (1).

Mas esta certeza de la muerte no quita que nos llenemos de estupor cada vez que vemos caer un hombre grande al golpe de la guadaña inexorable.

¡Y murió! . . . ¡Qué final tan amargo para una historia tejida de grandes obras y de eximios méritos! . . .

¿Así, pues, el hombre santo y el perverso; el que arrebatada la admiración de todos y el humilde que vivió en oscuridad, todos tienen esta voz común: "Dije a la podredumbre: tú eres mi padre; y a los gusanos del sepulcro: sois mi madre y mis hermanos?!" (2)

Estas quejas brotan de nuestra pluma al tremendo dolor que nos ha causado la sentidísima muerte del M. Sr. D. Florencio Rosas: hombre grande, hombre santo, prudente; luz de muchos ciegos, apoyo y sostén de muchos débiles, consejero de tantos necesitados, consuelo de tantos afligidos, proveedor de los pobres, padre de los huérfanos, salvador de muchos pecadores, nervio de nuestra sociedad, columna de la Iglesia de Querétaro. . .

¡Murió! Sus días declinaron como una sombra, y

(1) Job, Cap. XIV.

(2) Job, Cap. XVII.

31
8